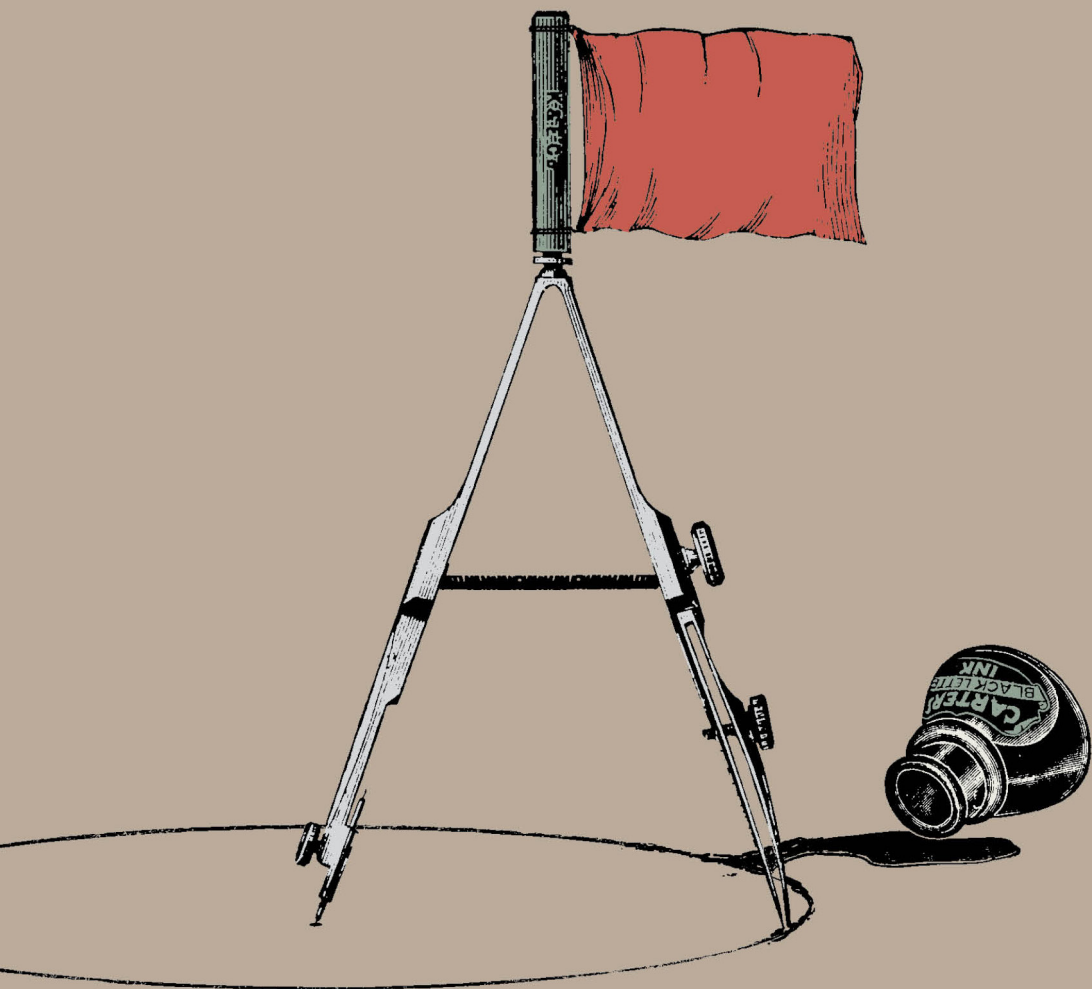


MIGUEL URBÁN Y JAIME PASTOR (COORD.)

MONTSERRAT GALCERAN, ERIC TOUSSAINT, LUDIVINE
BANTIGNY, ALBERTO SANTAMARÍA, DANIEL BENSÀID,
MICHAEL LÖWY, STATHIS KOUVELAKIS Y JEANNE MOISAND

¡Viva la Comuna!

Los 72 días que conmocionaron Europa



MIGUEL URBÁN Y JAIME PASTOR

¡Viva la Comuna!

Los 72 días que conmocionaron a Europa

La Comuna y su lugar en la historia. Un nuevo imaginario político y social

MIGUEL URBÁN Y JAIME PASTOR

Durante setenta y dos días de la primavera de 1871, una insurrección obrera transformó la ciudad de París en una comuna autónoma y emprendió la revolución más importante del convulso siglo XIX. Una experiencia excepcional e intempestiva, de la que «la historia no tiene otro ejemplo de semejante grandeza» (Marx, 2010: p. 99), «un acontecimiento único, dramático y singular, quizá el más extraordinario de este tipo en la historia urbana del capitalismo» (Harvey, 2008: p. 669). Un auténtico acontecimiento histórico, como una quiebra disruptiva en donde emerge algo nuevo, una verdad eminentemente práctica. Y es que lo más importante de la Comuna, mucho más que cualquiera de las medidas o las leyes que consiguió aprobar, fue simplemente «su propia existencia» (Marx, 2010: p. 55). El valor político de la Comuna es su trascendencia más allá de sus medidas concretas, universalizando su ejemplo como la primera revolución eminentemente obrera que «enseñó al proletariado europeo a plantear en forma concreta las tareas de la revolución socialista» (Lenin, 2010: p. 96).

Del mismo modo que la toma de la Bastilla solo es racionalmente pensable por la crisis del Antiguo Régimen, la Comuna solo es racionalmente pensable con la quiebra del imperio y como conclusión de la guerra civil permanente que atravesó Francia a lo largo del convulso siglo XIX. Comencemos, por tanto, con el punto de partida que le precedió a finales del siglo XVIII.

De 1789 a 1871

En su magna obra *Historia mundial del pueblo* Chris Harman caracterizaba la Revolución francesa como el inicio de un largo periodo, el de un «mundo vuelto patas arriba», como ya profetizó Goethe en el verano de 1792 (Harman, 2013: p. 251 y 265) y como la saludarían también grandes pensadores como Kant y Hegel. Y así ocurrió efectivamente, porque, más allá de su posterior Thermidor, lo relevante de aquella revolución fue que por primera vez en la historia moderna se impuso una nueva legitimidad basada en la soberanía nacional y popular frente a la que hasta entonces, por vía tradicional o dinástica, sustentaba a los Estados. Esa revolución triunfante inédita fue la que tropezó inmediatamente con la reacción de los defensores del Antiguo Régimen en Francia y, con ellos, de la Santa Alianza contrarrevolucionaria que se fue forjando en Europa, temerosa de que se difundieran por doquier, incluidas las colonias, los lemas de «libertad, igualdad y fraternidad» y, con ellos, la idea de ciudadanía y, sobre todo, la creencia de que «todo era posible y legítimo por medio de la política» (Wallerstein, 2016: p. 27). Ya nada sería igual ante un futuro abierto en el que la idea de progreso y las expectativas de mejora no parecían tener límite.

Antes, la Declaración de Independencia de 1776 de los representantes de las 13 colonias americanas fue el prólogo («*We, the people*»), si bien protagonizada por los colonos, contribuyendo a la entrada en ese cambio de ciclo histórico que se iría extendiendo por Europa y por las Américas y otros continentes, hasta el punto de generar la primera revolución antiesclavista triunfante en Haití. Una convulsión global que se producía en el contexto de una revolución industrial en marcha y de la consiguiente configuración de una nueva estructura de clases y de un sistema jerárquico de Estados-nación (o, más bien, nacionalizadores).

Fue sin duda en Francia donde el «nuevo lenguaje de la soberanía del pueblo» (Wallerstein, 2016: p. 37) y de la *igualdad*¹ fue objeto de disputa entre las distintas corrientes políticas e ideológicas, en el marco de conflictos en los que la clase media de entonces (la burguesía ascendente) y la clase trabajadora en formación se aliaban frente a la reacción, pero que

1 «En 1789 nadie dudaba de que la igualdad fuese la *idea madre* o la *contraseña* del proceso en curso. Lo mismo cabe decir de la Revolución Americana. También en ese caso la idea de igualdad, junto a la de independencia, fue la clave de la cultura política de la época» (Rosanvallon, 2012: p. 15).

luego se irían enfrentando cada vez más a medida que sus intereses se fueron convirtiendo en antagónicos, como se pudo comprobar en las revoluciones de 1830 y 1848 («primavera de las naciones»), pero también una «revolución-mundo» que pondrá en primer plano la lucha contra la exclusión de los beneficios de la ciudadanía (Wallerstein, 2016: p. 241) y, sobre todo, en 1871, como comentaremos más adelante.

Es a raíz de esas experiencias como la lucha de las capas populares –y, de forma cada vez menos invisible, también de las mujeres y de los pueblos colonizados y esclavizados– por su inclusión en la ciudadanía activa² va más allá del marco burgués y se va articulando alrededor de un imaginario colectivo, el de la aspiración a una *república democrática, social y universal*, reflejada en el plano simbólico por la irrupción de la bandera roja en las reuniones y manifestaciones.

El golpe de Estado de Luis Bonaparte en diciembre de 1851, que daría lugar a lo que desde el marxismo sería caracterizado como una forma de bonapartismo o cesarismo, ya se había impuesto como la respuesta desde arriba a la creciente polarización de clases y a la fragilidad de la nueva forma de dominación política del Estado-nación imperial en construcción. Como denunció Marx y recuerda Daniel Bensaid en este libro, la relativa autonomía de que se dotaba el nuevo Bonaparte respondía en realidad a la entrada en una nueva fase en la que las clases dominantes *ya no* podían gobernar como antes, pero la clase obrera *todavía* no estaba en condiciones de hacerse con el poder estatal. Se producía así «una *abdicación* política de la burguesía a cambio de su expansión económica» (Pastor, 2013: p. 26).

En el marco de ese proceso de diferenciación entre clases y corrientes políticas tras la «Revolución-mundo» de 1848 (Wallerstein, 2016: p. 238-244), se irán creando las condiciones para la fundación en 1864 de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), conocida como la Primera Internacional y percibida al principio como «una especie de francmasonería obrera» (Lefebvre, 2018: p. 93). Una iniciativa que supone un hito fundamental para el movimiento obrero y que se convierte muy pronto en la pesadilla de las clases dominantes europeas. Aglutinante de organizaciones sindicales, cooperativas,

2 Como se sabe, el concepto de *ciudadanía* irrumpe a partir de 1789 pero asociado a la propiedad privada y a los varones blancos. Es Sieyès quien en ese mismo año establece ya la distinción entre ciudadanía activa y ciudadanía pasiva (Wallerstein, 2016: pp. 221-222). En realidad, reflejaba el miedo del nuevo liberalismo a la democracia como gobierno del pueblo sin exclusiones.

asociaciones de resistencia y propaganda, así como de diferentes corrientes –proudhonianos, blanquistas³, fourieristas, marxistas, bakuninistas–, sus miembros se mostrarán especialmente activos en las luchas que se van desarrollando en los distintos países, si bien más a título individual que como organización política.

Francia ocupaba entonces, junto a Gran Bretaña, un lugar central en el ya avanzado proceso de desarrollo capitalista y de colonización del mundo⁴ y, por tanto, en la configuración de un sistema jerárquico de Estados cada vez más competitivo, a medida que otras potencias, como Alemania que avanzaba hacia su unificación, y la nueva potencia estadounidense, una vez finalizada la Guerra Civil en 1865, entran en la lucha por la hegemonía global. Todas ellas, a su vez, compartían la misma preocupación por «domar a las clases peligrosas» (Wallerstein, 2016: p. 202) buscando nuevas estrategias que pudieran combinar represión y concesiones, con el fin de emprender un proceso de nacionalización y subalternización de aquéllas en torno a sus intereses de clase y geopolíticos, así como a las guerras en las que se fueron implicando.

Dentro de ese contexto global, París aparecía como la «capital de la modernidad» (Harvey, 2008), que había conocido un notable crecimiento de su población (tenía cerca de 2 millones de habitantes en 1870) y una enorme transformación urbana durante el Segundo Imperio, bajo la dirección del barón Haussman, designado por la burguesía para llevar a cabo las conclusiones que había extraído de la experiencia de la revolución social de junio de 1848. Un proceso favorecido por la mayor centralización política y económica que se daba en torno a la capital, gracias a los cambios en el transporte que trae el ferrocarril y a la migración de trabajadores, bajo el yugo de los especuladores financieros e inmobiliarios. Un conjunto de cambios que condujeron a una profunda división clasista de la ciudad: «el centro se aburguesa y se vacía. La periferia, con los nuevos distritos, se puebla y se proletariza» (Lefebvre, 2018: p. 121).

3 Auguste Blanqui, figura revolucionaria mítica por su papel en 1830 y 1848, que escribió *La Patrie en danger*, será detenido y encarcelado el 17 de marzo de 1871, siendo reivindicado desde el primer día por la Comuna, que propone su liberación a cambio de la del arzobispo de París y otros. Thiers se negará rotundamente, convencido de que ceder a ese intercambio significaría dar a la Comuna la figura que le hace falta para liderar la insurrección, por lo que finalmente los rehenes serán ejecutados (Godineau, 2010: 139; Merriman, 2017: p. 169).

4 En 1860 Francia y Gran Bretaña representan el 90 % de las inversiones extranjeras en el mundo (Deluermoz: pp. 56-57)

En el marco de esa competencia por la construcción de los Estados nacionales y su expansión global, la guerra franco-prusiana, iniciada en julio de 1870 y buscada por ambas partes (a lo que no fue ajena la disputa por la sucesión monárquica en España tras la huida de la reina Isabel II en 1868), se convirtió en un conflicto que acabó conduciendo, tras las primeras derrotas del ejército francés (ya desmoralizado por el precio pagado en las guerras en Argelia, México y China), a la caída del Segundo Imperio y a la instauración de la República en Francia, el 4 de septiembre de 1870. Momento en el que se reorganiza la Guardia Nacional, recuperando su composición predominantemente popular, y empiezan a surgir los primeros comités republicanos de vigilancia en los barrios (Godineau, 2010: p. 26-27). Se entra así, muy pronto, en un nuevo escenario, en el que el temor del republicanismo burgués al «enemigo interior», el pueblo trabajador, irá prevaleciendo sobre su «orgullo nacional» (Harvey, 2008: p. 410).

Aunque «el tiempo de las revoluciones no es el tiempo de los relojes»⁵, «vacío y homogéneo, sino el cargado por el tiempo-ahora», que escribía Benjamin, la Comuna no se puede entender exclusivamente dentro del estrecho margen cronológico y geográfico del acontecimiento condensado en los setenta y dos días del tiempo de las cerezas, desde el intento de confiscación de los cañones el 18 de marzo a la Semana Sangrienta de finales de mayo. Y es que «a veces se presenta el 18 de marzo como un ejemplo de que acontecimientos relativamente menores e imprevisibles son capaces de desencadenar procesos revolucionarios» (Romero, 2011). Desde luego, en los cálculos de Thiers no estaría que el intento de confiscar los cañones de la Guardia Nacional terminaría con todo su gobierno exiliado en Versalles ese mismo día y con el estallido de una revolución social en París. Pero «hay que cuidarse de la tentación de dar una importancia excesiva a la *chispa* respecto a las condiciones sociales y políticas, creadas en la etapa anterior, que permiten que el fuego prenda» (Romero, 2011).

En realidad, el estallido del 18 de marzo fue el fruto de un proceso que empezó muchos meses antes, y que no podría entenderse sin la guerra franco-prusiana, el cerco de París, la creación de la Guardia

5 Recomendamos encarecidamente la lectura del magnífico artículo de Miguel Romero sobre la Comuna que, partiendo de esta referencia tomada de Benjamin, se publicó en *Viento Sur* en el número 118 de septiembre de 2011 y que se puede encontrar en abierto en este enlace: [https://cdn.vientosur.info/V5completos/V5118_Romero_Relaj_Cerezas.pdf](https://cdn.vientosur.info/VScompletos/V5118_Romero_Relaj_Cerezas.pdf).

Nacional, la caída del Segundo Imperio y la proclamación de la República el 4 de septiembre de 1870, entre otros sucesos. Una temporalidad ampliada «permite mostrar que la guerra civil no fue, como generalmente se dice, una consecuencia accidental del patriotismo y las dificultades coyunturales provocadas por la guerra contra una potencia extranjera (...) casi lo contrario: la guerra franco-prusiana como un aspecto momentáneo de la guerra civil en marcha» (Ross, 2016: 16-17). Además, una temporalidad ampliada de los sucesos de la Comuna en el contexto de la segunda mitad del siglo XIX francés nos permite ver un cuadro más completo de la experiencia e impacto de la Comuna.

«Para Marx la revolución no es una marcha triunfal, con la dirección marcada por el dedo imperativo del *líder carismático*, como una de esas horribles estatuas de la imaginaria burocrática; es un proceso inseguro, arriesgado, experimental, autocrítico, sometido a prueba en ensayos con aciertos y errores» (Romero, 2011). Por eso, en este capítulo pretendemos, no solo repasar los acontecimientos más destacados de la Comuna sino contextualizarlos históricamente y anudarlos con los debates, experiencias y lecciones que el movimiento socialista internacional extrajo del acontecimiento comunal desde sus aciertos pero también desde sus errores y su derrota.

El Imperio, el Estado y la Comuna

«Guerra civil» fue el término que utilizó Marx para definir las disputas de clase más o menos ocultas entre la burguesía y el proletariado por el tiempo del trabajo. Que será también el mismo término que más tarde emplearía para la insurrección de 1871 en París y su enfrentamiento con el gobierno de Versalles. Pero que, en cierta medida, representa el mismo concepto de confrontación de clase entre proyectos antagónicos. En este sentido, Marx consideró al Imperio como «una máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo [...]. La antítesis directa del Imperio era la Comuna» (Marx, 2010: pp. 31 y 33). Al final, sin embargo, la conclusión de la guerra civil será la Tercera República, refundada y reestabilizada sobre los cadáveres de los comuneros.

Al contraponer como antitéticos a los gobiernos del Imperio y la Comuna, Marx y Engels desarrollan, maduran y dan forma a su concepción del Estado, ligada de forma indisoluble al de dictadura del proletariado. Ahí es donde cobra más sentido la afirmación de Marx de

que el mayor logro de la Comuna fue simplemente «su propia existencia». Porque si el Imperio fue una maquinaria represiva que utilizó el Estado como «un medio para la esclavización del trabajo por el capital» (Marx, 2010: p. 33),

La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al poder, no podía seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tenía, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento (Engels, 2010: p. 90).

Marx insiste, por tanto, en la necesidad de destruir el Estado cuando sostiene que «la próxima tentativa de la revolución francesa no será ya, como hasta ahora, el pasar la máquina burocrático-militar de una a otra mano, sino destruirla, y esto es esencial para toda verdadera revolución popular del continente. Y esto es lo que están intentando nuestros heroicos camaradas de partido en París» (Marx, 2010: p. 99). Una visión del Estado que tiene como horizonte un nuevo tipo de *Estado-Comuna* y que contrasta con la imagen autoritaria que ha pesado sobre las propuestas de Marx y Engels, ya que se acerca más a la de sus compañeros anarquistas de la Primera Internacional que a la práctica que desarrollarán luego los bolcheviques del nuevo Estado soviético.

En efecto, esa concepción contrasta con la visión instrumental que Lenin (a diferencia de lo que él mismo había escrito en el pasado y, sobre todo, en *El Estado y la revolución*) defenderá como líder del nuevo Estado durante la guerra civil, si bien «burocráticamente deformado» para su proyecto socialista.

Una concepción del Estado por parte de los bolcheviques que en cierta medida se pudo derivar de la lectura que realizó Lenin de los errores de la experiencia de la Comuna. Así, afirma que:

en lugar de eliminar a sus enemigos, que era lo que debería haber hecho, trató de influir moralmente sobre ellos, desestimó la importancia que en la guerra civil tienen las medidas puramente militares y, en vez de coronar su victoria en París con una ofensiva resuelta sobre Versalles, se demoró y dio tiempo al Gobierno de Versalles a reunir

¡Viva la Comuna!

fuerzas tenebrosas y prepararse para la sangrienta semana de mayo (Lenin, 2010: p. 96).

Una «demora» e «intentos de influir moralmente» vinculados con la convocatoria de las elecciones y la proclamación de la Comuna, en donde primaron antes las medidas democráticas que las puramente militares.

Esa lectura de los errores de la Comuna influirá en Lenin y Trotsky, cuando justifican las decisiones militares como necesarias frente que a los *escrúpulos* democráticos. Estas decisiones aparentemente técnicas y no de principios tendrán una enorme importancia práctica. Ya que, como observa Daniel Bensaïd, «este choque entre la decisión militar y la institución democrática propicia la confusión de los papeles entre partido y el Estado, y también entre el estado de excepción revolucionario y la norma democrática»⁶. Convertir la necesidad en virtud, eso es lo que les achacará Rosa Luxemburg, quien en su crítica a los bolcheviques escribe:

El remedio que encontraron Lenin y Trotski, la eliminación sencillamente de la democracia, es peor que la enfermedad que se supone que van a curar; pues detiene la única fuente viva de la cual puede surgir el correctivo a todos los males innatos de las instituciones sociales. Esa fuente es la vida política activa, sin trabas, enérgica, de las masas amplias masas populares (Luxemburg, 2017: p. 47).

Pero no podemos olvidar que entre las lecciones de la Comuna se encuentra su trágico final, el cual demuestra que en la guerra civil solo la victoria asegura la supervivencia:

Durante los días más oscuros de la Guerra Civil rusa, cuando las amenazas se cernían sobre el poder soviético y la revolución parecía agonizar, el fantasma de la Comuna de París obsesionaba a los bolcheviques. Una victoria de los guardias blancos rusos habría conducido a una masacre en una escalada incomparablemente mas grande que la *semana sangrienta* de mayo de 1871 (Traverso, 2019: p. 119).

Esa tensión entre decisiones militares, excepcionalidad revolucionaria e institución democrática, será señalada por Marx y Engels, que sitúan entre los principales errores de la Comuna no haber mantenido tras el 18

6 <https://vientosur.info/la-comuna-el-estado-y-la-revolucion/>.

de marzo la dirección del proceso por parte del Comité Central de la Guardia Nacional y haber optado, en cambio, por la elección inmediata de un nuevo gobierno comunal, obligándose así a realizar elecciones antes que emprender una ofensiva sobre el gobierno huido a Versalles, como abordaremos extensamente este punto más adelante.

Podríamos hablar de un sentimiento ambivalente por parte de Marx y Engels ante la Comuna. Si bien reconocen como sus principales errores que primaran sus escrúpulos democráticos sobre la estrategia militar, alaban por el contrario las medidas democratizadoras de la Comuna como una de sus principales virtudes. De tal forma que el propio Engels afirma en el prólogo de la edición alemana de *La guerra civil en Francia*: «¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: he ahí la dictadura del proletariado» (Engels, 2010: 92). Si para conocer la concreción práctica de la dictadura del proletariado bastaba con observar a la Comuna, esta *dictadura* parecía muy respetuosa con el pluralismo político, el sufragio universal y se organizaba además de forma federal, alejándose mucho de la imagen distorsionada que se tiene de ese concepto tras las desgraciadas experiencias del *socialismo real* del siglo xx. Así, como explica Daniel Bensaïd (2013: p. 84):

La dictadura del proletariado suele evocar la imagen de un régimen autoritario sinónimo de dictaduras burocráticas. Y al contrario, para Marx se trata de la solución democrática a un viejo problema gracias al ejercicio, por primera vez mayoritario, del poder de excepción reservado hasta entonces a una élite virtuosa o a un «triumvirato» de hombres ejemplares. El término de dictadura se oponía ahí al de tiranía en tanto que expresión de lo arbitrario.

De hecho, Marx concluía que «nada podía ser mas ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica» (Marx, 2010: p. 44). La experiencia comunal es determinante para que Marx y Engels

planteen el conflicto entre Estado y sociedad de una forma radical, como contradicción entre el «interés común» y el «interés general», invocado habitualmente para legitimar al Estado [...]. Así, la posibilidad de que los individuos construyan libremente un «interés común» exige el enfrentamiento con el Estado que pretende expropiarlo [...]. Siendo el reconocimiento de ese «mal hereditario»

la condición para poder combatirlo: esa es una de las tareas centrales de la política revolucionaria (Romero, 2011).

Podemos concluir, por tanto, sin miedo a exagerar, que la Comuna fue una experiencia que marcó el desarrollo de la teoría del Estado entre las diferentes familias de la Primera Internacional. En el caso de Marx y Engels ya hemos visto cómo la experiencia comunal impactó de tal medida sobre su crítica del Estado que incluso se vieron obligados a revisar el prefacio al *Manifiesto comunista*, cuestionando ahora las «medidas revolucionarias» que en la versión de 1848 giraban en torno a la «centralización» y el control estatal por parte de los obreros, afirmando después de la Comuna que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está y servirse de ella para sus propios fines» (Marx, 2010: p. 35).

A su vez, en la familia anarquista, el impacto de la Comuna no fue menor en esta cuestión, ya que, como recuerda Kristin Ross (2016: p. 139), «en su biografía de Kropotkin, George Woodcock deja claro que la aparición del «comunismo anarquista» o «clibertario» en Suiza a finales de la década de 1870 era una invención colectiva, que él atribuye, en buena medida, «a la llegada a Suiza de los refugiados de la Comuna de París». En este sentido, se puede hablar del desarrollo, a raíz de la experiencia comunal, de una nueva visión de la revolución con respecto al poder y la autoridad del Estado, basada en la autonomía comunal y la federación o asociación laxa de estas entidades autónomas. «Después de 1871, escribía Kropotkin, los trabajadores, independientemente de su nacionalidad, percibían que la comuna libre sería a partir de entonces el medio por el que se podrían realizar las ideas del socialismo moderno» (Ross, 2016: p. 179).

El imperio coincidió con una época de esplendor económico, desarrollo colonial, grandes ganancias para la burguesía y, si bien bajo una constante represión, con una cierta paz social. Pero este régimen, que apelaba constantemente al chovinismo francés como una de sus principales fuentes de legitimación interna, no podía mantenerse dentro de los márgenes de «las fronteras de la antigua monarquía, más aún dentro de las fronteras todavía mas amputadas de 1815⁷, era imposible que

7 A raíz de la derrota de Napoleón en la batalla de Waterloo, se firma el Tratado de París de 1815, en el que Francia vio reducidas sus fronteras a las conquistas realizadas antes de 1790.

subsistiese a la larga. Esto implicaba la necesidad de guerras accidentales y de ensanchar fronteras» (Engels, 2010: p. 80). A pesar de que, desde que se alzó con el trono del Imperio, Napoleón III se apresuró a tranquilizar a las cancillerías europeas sobre sus intereses expansionistas proclamando «l'Empire, c'est la paix» [«el Imperio es la paz»], en la práctica mantuvo una política de expansión internacional muy activa. Además de continuar con la expansión colonial en África iniciada por Luis Felipe en Argelia y Senegal, emprendió la expansión en Asia con la ocupación de Vietnam, Laos y Camboya. Participó en diferentes conflictos internacionales, destacando la Guerra de Crimea, las Guerras Italianas, la expedición a la Cochinchina y la guerra con México. Fue precisamente a partir de la derrota francesa ante las tropas mexicanas de Benito Juárez cuando comenzó el declive del Imperio, que tendrá su ocaso unos años después en el marco de la guerra franco-prusiana, cuando en la batalla de Sedan Napoleón III es capturado por las fuerzas prusianas.

La III República vs. la República Universal. La dualidad de poderes

El colapso militar del Imperio en el transcurso de la guerra favoreció que toda su estructura se derrumbara como un castillo de naipes. A pesar de que después de la captura de Napoleón III se intentó establecer un gobierno provisional por parte de las autoridades legales del Imperio, este intento duró menos de dos días. Louise Michel escribió que «París no se entretuvo en preocuparse por Napoleón III, la República existía antes de proclamarse» (Michel, 2016: p. 74). El 4 de septiembre un París en armas declara la III República.

El escritor monárquico, Edmond de Goncourt, describía en sus famosos diarios el ambiente de la proclamación de la III República en París:

Una mano se eleva por encima de todas las cabezas y escribe sobre las columnas, en grandes letras rojas, la lista de los miembros del gobierno provisional (propuesta de las instituciones imperiales), mientras que aparece al mismo tiempo garabateado sobre otra columna: Se ha proclamado la República. Entonces se producen las aclamaciones, los gritos, los sombreros al aire [...], en lo alto de un frontón un hombre recorta de una bandera tricolor el azul y el blanco, y hace ondear solo el rojo (Goncourt, 2020: p. 47).

Especialmente ilustrativo de la situación que vivirá París es la anécdota del hombre recortando el azul y el blanco de la bandera tricolor republicana para finalmente dejar solo el rojo, una muestra gráfica de la tensión entre la república burguesa y la república universal.

A partir de la proclamación de la República, comienza una gradual dualidad de poderes en el seno de París entre el Gobierno de Defensa Nacional y el Comité Central de la Guardia Nacional. Una disputa que se centra entre quien ostenta la legitimidad de la revolución republicana de septiembre y la resistencia frente a las tropas prusianas en la defensa nacional. Pero que realmente no solo será un choque de legitimidades sino que, paulatinamente, según avanza el asedio a París, se convertirá en un choque de proyectos entre la república burguesa y la república universal. Como expresa Marx, la consigna de *república social* expresaba «el vago anhelo de una república que no acabase solo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase» (Marx, 2010: 33). En este sentido, «es importante recordar la vehemencia con la que muchos supervivientes de la Comuna combatieron la idea de que habían actuado para *salvar la república* [...]; la república de nuestros sueños no se parecía en nada a lo que tenemos. Queríamos una república democrática, social, universal y no plutocrática» (Ross, 2016: p. 48).

En realidad, la República Universal, lejos de implicar un retorno a los principios de la Revolución de 1789, más bien marcaba una ruptura con su legado, apostando por un internacionalismo proletario verdaderamente consecuente con la idea de igualdad y fraternidad. Esta ruptura fue especialmente simbólica con la quema de la guillotina en la plaza Voltaire el 10 de abril, rompiendo cualquier equivalencia entre la revolución y el cadalso; o la destrucción de la columna Vendôme el 16 de mayo, como una reafirmación antiimperialista: «Se decidió el derribo de la columna Vendôme, símbolo de la fuerza brutal, afirmación del despotismo imperial, porque este monumento atentaba contra la fraternidad de los pueblos» (Michel, 2016: p. 148).

La consigna de la república universal fue ganando prominencia durante el asedio en los clubes, en los movimientos de los comités y entre los miembros de la Internacional, que la utilizaron como sinónimo de la república de los trabajadores. Pero son los clubes, que acabaron por sustituir a los teatros cerrados por el gobierno poco antes del asedio y se reunían en las iglesias, los que fundamentalmente popularizan la idea de la república universal. El anticomunero Chevalier d'Arrix definió los clubes y reuniones públicas como «el Collège

de France de la insurrección» acusándolos de ser los auténticos inspiradores de la Comuna: «son los clubes y asociaciones los que han hecho todo el daño [...] yo atribuyo todo lo que acaba de suceder en París a los clubes y reuniones [...] al deseo de esa gente de vivir mejor de lo que su condición permite» (Ross, 2016: p. 27).

Auténticas escuelas para el pueblo, los clubes jugarán un papel fundamental como espacio de agitación, debate y formación, al estilo de lo que representarían luego los ateneos libertarios en la Barcelona de la primera mitad del siglo xx. Había clubes fijos o ambulantes, como el que había presidido Blanqui, el club de La patria en peligro; había también oradores aficionados y otros que se paseaban por los diferentes clubes de la ciudad, favoreciendo un proceso de federación entre ellos, convirtiéndose en una estructura compartida por todas las organizaciones de la Comuna.

El 18 de septiembre comenzó el asedio a París y, según avanzaba, las contradicciones y tensiones entre el poder constituido, el Gobierno de Defensa Nacional y el poder constituyente embrionario, el Comité Central de la Guardia Nacional, aumentaron exponencialmente. Siendo el armisticio del 28 de enero un punto de inflexión, no solo por la claudicación del Gobierno de Defensa Nacional ante Bismarck, lo que supuso un duro golpe de legitimidad patriótica para el gobierno republicano, sino también por la convocatoria de las elecciones legislativas para la Asamblea Nacional el 8 de febrero. Unas elecciones en donde los monárquicos alcanzan la mayoría absoluta, nombrando diez días después a Adolphe Thiers como «jefe del Poder Ejecutivo de la República» en consideración a que el régimen republicano aún no estaba regulado por una Constitución y no podía ser nombrado presidente. Desde el primer momento, Thiers comprenderá que su principal enemigo es un París en armas y obrará en consecuencia. André Léo, escritora y militante comunaera, lo expresará elocuentemente:

La primera preocupación de los falsos republicanos del 4 de septiembre no es el enemigo de la nación sino la democracia popular [...] París, les aterroriza. París socialista, París armada, deliberando en sus clubes, en su consejo y autoadministrándose [...] ¡Qué ejemplo; ¡Qué propaganda; ¡Qué peligro! (Léo, 2016: p. 21).

La derrota de los ejércitos imperiales y el sitio a París obligaron a reforzar y armar a la Guardia Nacional como el último recurso de

defensa, multiplicando por cuatro sus efectivos, entre 200 y 300.000 hombres y mujeres armadas, en una ciudad de poco más de dos millones de habitantes. La Guardia Nacional se organizó de forma autónoma y democrática, eligiendo a sus propios responsables barrio a barrio, formando un Comité Central, que asumirá de hecho la representación del pueblo de París hasta que la cede a la Comuna el 28 de Marzo. Podemos hablar casi de un pueblo en armas, y en esta disputa política de dualidad de poderes, esas armas tienen un papel fundamental: «El armamento popular crea las condiciones materiales para que dentro del objetivo patriótico aparentemente compartido se vaya diferenciando una alternativa política al gobierno republicano» (Romero, 2011).

Esta milicia ciudadana, a pesar de tener una escasa formación militar, significa una fuerza política muy grande, es el último recurso en la defensa de París, está armada, se compone fundamentalmente de obreros y es autónoma respecto al Gobierno:

Nace así un embrión de poder alternativo, que se combina y se re-fuerza mutuamente con los comités republicanos de vigilancia que surgen en cada distrito, en principio para apoyar al gobierno y a las autoridades locales en la tareas de defensa, pero que incorporan inmediatamente reivindicaciones propuestas por los militantes revolucionarios: entre ellas, el control popular de todas las medidas adoptadas para la defensa, el control de la Guardia Nacional sobre la policía, la mejora del abastecimiento de la población (Romero, 2011).

Pero el sitio a París no solo reforzará el papel de la Guardia Nacional, sino que también transformará el espacio urbano de la ciudad, de ese otro París obrero, en donde surgieron nuevos sistemas de comunicación y redes de apoyo mutuo, que consolidaron un tejido social de barrio fundamental en el estallido y desarrollo de la Comuna. Clubes de debate y:

grupos que pudieron desarrollar con libertad sus aspiraciones a menudo abiertamente revolucionarias en parte porque el gobierno carecía de medios y autoridad para vigilar la ciudad. El *arrondissement*⁸ local adquirió un considerable grado de autonomía, y los distritos populares fuertemente poblados se habían acercado al autogobierno. El sitio permitió que surgiesen nuevos ambientes, nuevas costumbres

8 Equivalente a un distrito municipal.

de encuentro o reunión mutua que son, a un tiempo, producto e instrumento de la conducta transformadora (Ross, 2018: p. 95).

Todos estos embriones de la Comuna demuestran la presencia de una fuerte estructura revolucionaria descentralizada, organizada por distritos y vinculada a las preocupaciones populares, a los alquileres, la educación, el pan y, por supuesto, el odio al clero.

Por eso, el antagonismo entre el Gobierno de Defensa Nacional y el proletariado en armas de la Guardia Nacional no tardó en estallar de forma abierta:

París, que no quería ni rendirse ni ser entregado, y que estaba harto de los embustes oficiales, se alzó. Entonces, del mismo modo que se gritaba el 4 de septiembre: ¡Viva la Republica!, se gritó el 31 de octubre: ¡Viva la Comuna! Los que el 4 de septiembre se habían dirigido a la Cámara marcharon hacia el Ayuntamiento (Michel, 2016: p. 85).

El 31 de octubre los batallones obreros de la Guardia Nacional, a las órdenes de Flourens, tomaron por asalto el Hôtel de Ville (Ayuntamiento) y capturaron a algunos miembros del Gobierno con la intención de relevar al Gobierno de Defensa Nacional, proclamar la Comuna e impedir la rendición de París. Al final, ante la división de los propios asaltantes sobre la composición del nuevo gobierno y para no provocar el estallido de la guerra civil dentro de una ciudad sitiada por los prusianos, se permitió seguir en funciones al gobierno constituido para los fines de la defensa. Pero este episodio muestra perfectamente las tensiones de la dualidad de poderes en París que, como no pudo ser de otra forma, acabó en el enfrentamiento armado de la guerra civil.

La capitulación de París el 28 de enero, vencida por el hambre, fue como una segunda batalla de Sedan en la moral patriótica de los franceses, suponiendo el final del Gobierno de Defensa Nacional. A pesar de que las murallas quedaron desarmadas, las armas de las tropas de línea y de la Guardia Móvil entregadas, y que sus hombres fueron considerados prisioneros de guerra, la Guardia Nacional, que no reconoció la decisión del Gobierno, conservó sus armas y sus cañones y se limitó a sellar un armisticio con los vencedores. Se producía así una situación totalmente insólita que, en palabras de Engels, demostraba hasta qué punto los obreros de París infundían respeto a un Ejército ante el cual habían entregado sus armas todas las tropas del Imperio. La capitulación y el nuevo gobierno

de Thiers abrirán un escenario muy distinto al de septiembre, ya que, una vez concluido el enfrentamiento con Prusia, se caminará de forma abierta hacia la guerra civil entre el gobierno republicano de mayoría reaccionaria y un París en armas. Un conflicto que solo se puede resolver por «la emergencia de una legitimidad opuesta a la legalidad de los dominantes. Como «forma política al fin encontrada de la emancipación», como *abolición* del poder de Estado, como realización de la república social, la Comuna ilustra la emergencia de esta legitimidad nueva»⁹.

La chispa y la crisis revolucionaria. El intento de confiscación de los cañones de la Guardia Nacional

Lenin siempre decía que un militante revolucionario tenía que estar preparado para lo imprevisible, porque nunca se sabe qué chispa podrá iniciar el incendio. Y el incendio prendió por un hecho que podría parecer menor, pero que tenía una relevancia fundamental en la disputa de dualidad de poderes en París. El intento de requisar los cañones de la Guardia Nacional en Montmartre tenía por objetivo acabar con el pueblo en armas, uno de los mayores miedos de la burguesía francesa. Como apuntaba Marx, «la confiscación de sus cañones estaba destinada, evidentemente, a ser el prelude del desarme general de París y, por tanto, del desarme de la revolución del 4 de septiembre» (Marx, 2010: p. 23). En este sentido, un «París armado era el único obstáculo serio que se alzaba en el camino de la conspiración contrarrevolucionaria. Por eso había que desarmar a París» (Marx, 2010: pp. 22-23).

El día antes de la entrada de los prusianos en París, el Comité Central de la Guardia Nacional trasladó a Montmartre y a Belleville los cañones y las ametralladoras abandonados por el Gobierno de Defensa Nacional en los mismos barrios que los prusianos habían de ocupar o en las inmediaciones de ellos. Estos cañones habían sido adquiridos por suscripción abierta entre la Guardia Nacional, y reconocidos oficialmente como propiedad privada suya en el pacto de capitulación del 28 de enero; precisamente por eso, habían sido exentos de la entrega general de armas del gobierno a los prusianos.

La noche del 17, se fijaron en las paredes de París carteles gubernamentales con el fin de que se leyeran temprano. Aquellos carteles eran

9 <http://danielbensaid.org/Potencias-del-comunismo?lang=fr>.

el preludio del intento de desarme de la Guardia Nacional y decían lo siguiente:

Volvemos a hacer una llamada, a vosotros y vuestro patriotismo y esperamos ser oídos. Vuestra gran ciudad, que no puede vivir sino por el orden, se halla profundamente alterada en algunos barrios, y la alteración de esos barrios, aun sin propagarse a los demás, es suficiente para impedir la vuelta al trabajo y al bienestar [...] El gobierno nombrado por la nación entera hubiera podido ya recobrar sus cañones, sustraídos al Estado, que en este momento solo os amenaza a vosotros; retirar esos ridículos recuerdos que solo impiden la buena marcha del comercio y entregar a la justicia a esos criminales que no temen que la guerra civil pueda suceder a la guerra extranjera; pero sin embargo el gobierno ha querido dar a los engañados ciudadanos tiempo para que se separen de quienes les engañan [...] pero una vez hecha esta advertencia, vosotros mismos aprobaréis que recurramos a la fuerza, puesto que es preciso, a toda costa y sin un día de demora, que el orden, condición para vuestro bienestar, renazca por entero, inmediato e inalterable (Michel, 2016: pp. 124-125).

Todo el mundo sabía que los cañones, que decían sustraídos al Estado, pertenecían a la Guardia Nacional y su intento de incautación respondía a una estrategia general de desarme de las milicias parisinas. Para una de las protagonistas de su defensa, «devolverlos hubiera sido tanto como ayudar a una restauración» (Michel, 2016: 127). De esta afirmación se puede comprobar cómo las armas son consideradas el elemento clave para mantener los logros democráticos que comenzaron con la proclamación de la República el 4 de septiembre. Pero el pueblo no solamente quiere mantener su propio armamento por una cuestión política: «además, considera que esos cañones le pertenecen porque fueron comprados por suscripción popular; una muestra concreta del conflicto entre el *interés común* y el *interés general*» (Romero, 2011).

Finalmente, la intervención militar planificada por Thiers fracasó sin apenas disparar un arma. La clave de la derrota fue la confraternización del ejército con la Guardia Nacional y el pueblo parisino que se movilizó para defender los cañones:

Las mujeres se tiraban sobre los cañones y las ametralladoras interponiéndose entre nosotros y el ejército y los soldados permanecen

inmóviles. Mientras que el general Lecomte ordena abrir fuego sobre la multitud, un suboficial saliendo de las filas se coloca delante de su compañía, y en voz más alta que Lecomte, grita: ¡Culatas arriba! Los soldados obedecen. Era Verdaguerre, quien, sobre todo por este hecho, fue fusilado por Versalles meses más tarde. La revolución estaba hecha (Michel, 2016: p. 127).

Al final del día, las barricadas tomaban París y los generales Jacques Leon, Clément-Thomas y Claude Lecomte morían ejecutados por miembros de la Guardia Nacional.

El chapucero intento de desarme de la Guardia Nacional había generado una reacción defensiva por parte del pueblo de París, que acabaría desencadenando una crisis revolucionaria. Pero, como vemos en este caso concreto, no hay crisis revolucionaria sin la quiebra de los resortes coercitivos del Estado, ya sea de las fuerzas de seguridad o del Ejército o de ambas a la vez, en donde el Estado «ya no puede gobernar como antes». Recordemos que Lenin, cuando elabora el concepto de crisis revolucionaria, y sin pretender por nuestra parte erigirlo en un modelo único, ofrece tres elementos clave: «cuando los de arriba no pueden ya gobernar como antes» (la ruptura de la disciplina militar y la confraternización de los soldados con el pueblo de París negándose a disparar); «cuando los de abajo no soportan ya ser oprimidos como antes» (la negativa a entregar los cañones y la capacidad de poder defenderlos incluso militarmente); y «cuando esta doble imposibilidad se traduce en una repentina efervescencia de las masas» (la movilización espontánea del pueblo parisino en defensa de los cañones cubriendo la ciudad de barricadas) (Bensaïd, 2013: p. 45).

El fracaso de la operación para requisar los cañones de Montmartre conduce a un levantamiento generalizado en París y el gobierno huye de la ciudad camino a Versalles. Así estalla de forma definitiva y abierta el conflicto de legitimidades larvado desde septiembre entre el gobierno republicano y el pueblo de París, entre el Estado y la *sociedad*.

El debate en torno al Comité Central de la Guardia Nacional

«La crisis abre el campo de los posibles, pero no garantiza las condiciones de su propio desenlace. Por ello, la intervención de una fuerza

revolucionaria se convierte en el factor decisivo de una situación crítica» (Bensaïd, 2013: p. 45). Sin lugar a dudas, la fuerza revolucionaria potencial del alzamiento de París era el Comité Central de la Guardia Nacional, el gobierno provisional de la gloriosa revolución del 18 de Marzo, como lo define Marx.

Pero ¿qué era el Comité Central? Prosper-Olivier Lissagaray, comunero y su primer y más influyente historiador, describirá al Comité Central de la Guardia Nacional de la siguiente forma:

Es verdad que no les guiaba ningún programa concreto. El Comité Central no es la cabeza de columna de un partido, no tiene un ideal que realizar. Solo ha podido agrupar a tantos batallones una idea sencillísima: defenderse de la monarquía. La Guardia Nacional se constituye como compañía de seguros contra un golpe de Estado; el Comité Central es el centinela (Lissagaray, 2019: p. 97).

El centinela contra un golpe de Estado, esa era la misión del Comité Central, no solo asegurar la defensa de París sino también de la República o incluso, mas concretamente, según avance el desarrollo de los acontecimientos, de la república universal o república social.

Pero esa fuerza revolucionaria del 18 de marzo pronto abdicó de su papel protagónico a favor de la proclamación de la Comuna. Esta será una de las principales críticas de Marx: «Segundo error: el Comité Central abandonó el poder demasiado pronto para dar paso a la Comuna. ¡Otra vez por escrupulosidad demasiado *honorable!*» (Marx, 2010: 100). El primer error era que Marx pensaba que el Comité Central debería haber concentrado sus esfuerzos en la ofensiva contra Versalles en vez de convocar elecciones inmediatas: «Se debía haber emprendido sin demora la ofensiva contra Versalles, en cuanto Vinoy, y tras él la parte reaccionaria de la Guardia Nacional, huyeron de París. Por escrúpulos de conciencia se dejó escapar la ocasión» (Marx, 2010: p. 99). Louise Michel era de la misma opinión que Marx:

La victoria era completa [refiriéndose al 18 de marzo] y hubiera sido duradera si al día siguiente todos hubiéramos marchado en masa hacia Versalles, a donde el gobierno había huido. Muchos de los nuestros habrían caído en el camino, pero la reacción se hubiera ahogado en su guarida. La legalidad, el sufragio universal y todos los

escrúpulos de ese género, que echan a perder las revoluciones, se tomaron en cuenta como de costumbre (Michel, 2106: p. 128).

Desde luego, hay circunstancias en las que es imperativo reconocer la violencia consustancial del enemigo y aprovechar la ocasión de desarmarle. No podemos saber cuál habría sido el resultado de esa no realizada ofensiva contra Versalles el mismo 18 de marzo o los días siguientes, con sus tropas desmoralizadas, mal armadas, en retirada y en parte confraternizando con la Guardia Nacional; ni cómo habría reaccionado Prusia si la Comuna hubiera vencido. Pero es verdad que puede que esta haya sido la equivocación militar más importante de la Comuna; sus consecuencias fueron terribles, como veremos semanas después. Algunos miembros del Comité pensaban como Marx o Michel y propusieron realizar la ofensiva militar contra Versalles y el gobierno de Thiers. Pero es importante tener en cuenta que el Comité no era un ente ni mucho menos homogéneo, sino más bien la coordinación de los diferentes sectores políticos que operaban en el seno de la Guardia Nacional, desde republicanos y blanquistas hasta socialistas de la AIT.

En este sentido, es muy interesante este fragmento que muestra el debate sobre las tareas del comité una vez que toma el control de París:

A las ocho y media, el Comité Central está reunido en sesión. Preside Edouard Monreau. «Yo no era de la opinión –dijo– de atacar el Hôtel de Ville, pero puesto que nos encontramos en él tenemos que normalizar rápidamente la situación, decir a París lo que queremos: hacer elecciones en el más breve plazo, atender los servicios públicos y defender la ciudad contra una sorpresa». Otros añadieron: «Hay que atacar Versalles, dispersar la Asamblea y llamar a Francia entera a que se pronuncie». «No –dijo el autor de la proposición del Wauxhall–; no tenemos atribuciones más que para asegurar los derechos de París. Si las provincias piensan como nosotros, que nos imiten» (Lissagaray, 2019: p. 110).

Además, parecía justificado que el Comité considerara su mandato representativo como excepcional y temporal, teniendo en cuenta la posición que jugó la Guardia Nacional durante el sitio de París. En el fragmento que acabamos de reproducir, se constata dos elementos centrales en el papel del Comité en los que hay una negación clara de su papel de vanguardia como fuerza revolucionaria. El primero, la

importancia que sigue teniendo la defensa de París: «defender la ciudad contra una sorpresa», una defensa pasiva entendida dentro del marco espacial de los muros de la ciudad pero no una defensa ofensiva que hubiera recomendado tomar la iniciativa con un ataque preventivo contra Versalles. Y el segundo, que estaba relacionado con el primero, es entender su mandato en el espacio exclusivo de la ciudad, «si las provincias piensan como nosotros, que nos imiten», obviando la necesidad de que para que la revolución perdure en París era necesario alentar, ayudar o animar otros procesos similares en, al menos, el resto de Francia. De hecho, otras ciudades como Marsella, Toulouse o Narbona, después de las noticias de la insurrección parisina del 18 de marzo, intentaron imitar la experiencia comunal pero fueron aplastadas pronto por el gobierno de Thiers.

Después de las liberaciones, el Comité Central imprimirá miles de pasquines anunciando de este modo su decisión de convocar elecciones: «Queda convocado el pueblo de París en sus secciones para hacer las elecciones comunales». Y la Guardia Nacional: «Nos habéis encargado organizar la defensa de París y vuestros derechos. En estos momentos ha expirado el plazo de nuestras atribuciones, y os devolvemos vuestro mandato. Preparaos, pues, y haced inmediatamente vuestras elecciones municipales» (Lissagaray, 2019: 111). La convocatoria de las elecciones no solo era una cuestión de «escrúpulos democráticos», sino también una demanda ampliamente compartida por las bases de la Guardia Nacional. No podemos olvidar que una de las principales reivindicaciones de la ocupación del ayuntamiento, y la captura de una parte del gobierno de Defensa Nacional el 31 de Octubre, fue justamente la convocatoria de elecciones a la Comuna. Además, como apunta Miguel Romero, «convocar elecciones por sufragio universal inmediatamente después de la huida de las tropas de Versalles tenía una fuerza potencial democrática y movilizadora considerable. También es verdad que resultó ser solo potencial, porque la abstención fue superior al 50 % y solo en los barrios populares hubo una participación más elevada» (Romero, 2011).

Un repaso de las votaciones en las elecciones municipales organizadas por la Comuna muestra claramente una importante división social entre el París burgués y el París obrero: menos del 25 % de los habitantes de los *quartiers* burgueses, el VII y el VIII, votó en las elecciones; solo en los *quartiers* obreros, el X, el XI, el XII y el XVIII y, en el distrito universitario, el V, votaron más de la mitad de los electores» (Ross, 2018: 95). Los datos electorales de la Comuna

¡Viva la Comuna!

demuestran cómo las transformaciones del espacio urbano a lo largo del II Imperio generaron una profunda división en París. Una ciudad dividida entre la margen izquierda y el centro de la margen derecha, la ciudad burguesa del barón de Haussmann y el Imperio, que gradualmente desplazó a los obreros del centro de la ciudad hacia sus periferias nororientales; y el *otro París*, el centro de la margen derecha y el norte y noroeste, los barrios obreros que se convirtieron en el teatro de operaciones de republicanos, feministas, socialistas, blanquistas, etc., un lugar casi exclusivo para la agitación política popular desde finales del Imperio.

No podemos analizar las transformaciones de París simplemente desde el punto de vista de los intereses de la burguesía por moldear la ciudad o de las innovaciones del espacio público llevadas a cabo por las obras de Haussman. También estas reformas urbanas tuvieron efectos imprevistos. Por ejemplo, como comprueba David Harvey (2008: p. 511):

la lealtad hacia los nuevos *arrondissements* creció rápidamente y se ha mantenido hasta nuestros días como una fuerza poderosa. Fue vital durante la Comuna, quizá porque los *arrondissements* eran los centros de enrolamiento de la Guardia Nacional, y esta última, quizá por accidente, se convirtió en el gran agente de la democracia local directa. Las imposiciones de Haussman desde arriba se convirtieron en los medios de expresión de una democracia con raíces desde abajo.

La división espacial de la ciudad también se verá claramente en la propia defensa de la Comuna, siendo justamente los barrios obreros los que más resistieron el asedio de las tropas de Versalles, lo que se explica desde la adhesión de ese *otro París* a la causa comunal, para lo que las elecciones y su potencial democrático pudieron tener mucho que ver.

Más allá del heroísmo de la defensa de París, sobre todo de sus barrios obreros, las decisiones que se tomaron en la primera semana de la revolución, del 18 al 26 de marzo, fueron a la postre decisivas en el desarrollo de la Comuna y sobre todo en su fatídico final a manos de la reacción.

¡Viva la Comuna!

La Comuna se proclama oficialmente el 28 de marzo y «durante los dos meses en que París estuvo completamente en manos de los pobres, reinó el orden, el verdadero orden, el que es tanto seguridad como decencia,

un orden diferente al orden del lujo, el despotismo y la corrupción» (Léo, 2016: p. 15). La primera revolución obrera de la historia gobernaba la capital de Europa, «el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la república del trabajo, ondeando sobre el Hôtel de Ville» (Marx, 2010: p. 50).

Al ondear la bandera roja en el ayuntamiento como emblema de la Comuna, se mandaba un mensaje muy claro, la dualidad de poderes que había coexistido en París desde la revolución del 4 de septiembre entre la república burguesa y la república universal se había decantado finalmente a favor del campo popular. Cobraba así todo su simbolismo la anécdota de Goncourt sobre el hombre arrancando el blanco y el azul de la bandera republicana para dejar finalmente el rojo. Desde entonces, la bandera roja será el emblema de la revolución y la emancipación, porque como señaló Coubert, «París había renunciado a ser la capital de Francia» (Ross, 2016: p. 12) para convertirse en la capital de la revolución. El 19 de abril se redactará una Declaración al Pueblo Francés, en la que se fija el objetivo de la Comuna: la instauración de una democracia directa inscrita en el marco de una república efectiva dentro de comunas autónomas en las que las y los ciudadanos tienen que poder intervenir en cualquier momento, en todo lo relacionado con la administración política, económica y social.

Esta será la única declaración oficial que realice la Comuna, en donde la apelación a la democracia directa refleja uno de los elementos más paradigmáticos de la Comuna, su novedoso modelo de gobierno y organización, «una forma perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno [...], esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo (Marx, 2010: pp. 46-47). La Comuna fue un movimiento predominantemente horizontal, en gran medida carente de liderazgos fuertes, que destruye cualquier poder centralizado, independizado de la sociedad civil e incontrolable por esta, intentando establecer la libre organización de la vida social en una asociación republicana de productores libres e iguales.

La experiencia comunal fue un magnífico laboratorio de recreación democrática, en el que se avanzó en la siempre problemática relación entre la *democracia representativa* y la *democracia directa*, con numerosas medidas que pasarán a la historia del acervo republicano y socialista. A lo largo de su corta existencia,

hubo una convivencia conflictiva entre un organismo representativo, la propia Comuna, sometido a reglas radicalmente diferentes a las del parlamento de un Estado burgués, y una multitud de organismos de base de muy diferente naturaleza, que expresaban sin duda aspiraciones de sectores populares, pero a las que sería excesivo englobar bajo la categoría común de *democracia directa* (Romero, 2011).

El papel de los organismos locales y barriales, políticos y militares, que actuaron frecuentemente con un alto grado de autonomía respecto a los organismos centrales, fue un elemento fundamental en la Comuna sin el cual no puede entenderse la creatividad y la fuerza social del proceso, aunque también su desorden. En este sentido, los intentos de reunir a las organizaciones políticas, sindicales y barriales para rebajar y abordar las tensiones entre centralización y descentralización, así como entre jerarquía y democracia, con mecanismos de revocabilidad y elección directa, eran muestra de la vigorosa búsqueda de nuevas formas de organización creadas a partir de los lazos con lo viejo.

Pero la Comuna no solo tuvo que gestionar las tensiones democráticas propias entre la participación y la representación, entre las nuevas instituciones y las viejas. También hizo frente a un intento por parte de Versalles de utilizar medios parlamentarios para fines contrarrevolucionarios, convocando el 30 de abril, con una ley electoral a su medida, elecciones municipales que pretendían servir para enfrentar a *la provincia* con París y socavar la legitimidad democrática de la Comuna, así como legitimar a la Asamblea Nacional bajo su poder y, con ella, a la ofensiva militar que ya estaba en marcha contra París.

Respecto a las medidas de control democrático que puso en marcha la Comuna, es Engels quien subrayaba cómo contra la transformación «del Estado y de los órganos del Estado de servidores de la sociedad en señores de ella [...] la Comuna empleó dos remedios infalibles. En primer lugar, cubrió todos los cargos administrativos, judiciales y de enseñanza por elección, mediante sufragio universal, concediendo a los electores el derecho a revocar en todo momento a sus elegidos. En segundo lugar, todos los funcionarios, altos y bajos, estaban retribuidos como los demás trabajadores» (Engels, 2010: p. 112).

De tal forma que, en la elección y control de los cargos públicos, los criterios básicos fueron, además de la elegibilidad y la revocabilidad, el mandato imperativo y la limitación de ingresos a un salario obrero medio. Se buscaba eliminar así los privilegios de impunidad y de

ingresos habituales en la profesionalización de la política, uno de esos *males* del Estado que era necesario *amputar* inmediatamente. Una vez más, vemos cómo las medidas revolucionarias de la Comuna conectarían perfectamente hoy en día con una lógica de democracia participativa, control directo de los cargos públicos y medidas contra la profesionalización de la política.

Otro de los elementos clave del gobierno comunal fue lo que Marx llamó, recuperando el tópico de las revoluciones burguesas, «un gobierno barato», «al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado. Su sola existencia presupone la no existencia de la monarquía que, en Europa al menos, es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la república de una base de instituciones realmente democráticas» (Marx, 2010: 46). El gobierno de la Comuna se planteaba así acabar o reducir a su mínima expresión lo que Blanqui llamaba el «ejército negro»: magistrados, jueces, sacerdotes, funcionarios permanentes del gobierno, policías y, en última instancia, el propio Ejército».

De hecho, tenemos que entender la Comuna no solo como una forma de gobierno, sino también como un conjunto de actos de desmantelamiento, de impugnación práctica del Estado burocrático; una impugnación que, para Marx, equivalía a la *abolición* del Estado. Pero los comuneros no habían decretado o proclamado la abolición del Estado, sino que más bien habían emprendido, paso a paso, el desmantelamiento, en el poco tiempo que tuvieron, de todos sus fundamentos burocráticos. Sus primeras medidas consistieron en una desburocratización y desmilitarización, que se asemejarían más a lo que hoy podríamos llamar democracia participativa, y en medidas elementales de justicia social, como la suspensión de las deudas de alquiler o escuela pública gratuita. Este gen antiburocrático fue una de las características fundamentales de la Comuna, ya que por primera vez planteó acabar con los resortes mismos del poder del Estado, abogando por la federalización, la autonomía y el control ciudadano de la política y del gobierno de los asuntos públicos:

La «flexibilidad», la «iniciativa histórica», la «capacidad de sacrificio» de la Comuna a las que Marx rindió homenaje nos descubrió el camino para la convivencia entre poder político y emancipación social, pero apenas tuvo tiempo para empezar a construirlo. Ese es su legado: un desafío, no un protocolo, para la acción revolucionaria de las generaciones futuras (Romero, 2011).

El programa de la Comuna

En el comunicado adoptado después de la proclamación de la Comuna, ya se esbozaron sus primeras medidas concretas y, como podemos comprobar, fueron toda una declaración de intenciones:

La industria comprometida, el trabajo suspendido y las transacciones comerciales paralizadas van a recibir un vigoroso impulso.

A partir de hoy la esperada decisión sobre los alquileres, mañana la referente al vencimiento de las deudas.

Todos los servicios públicos restablecidos y simplificados.

La Guardia Nacional, en adelante única fuerza armada de la ciudad, reorganizada sin demora.

Tales serán nuestros primeros actos (Michel, 2016: p. 145).

Las medidas que adoptó la Comuna en su corta existencia no responderían al concepto de un programa, entendido como el conjunto de propuestas que se utilizan para un proyecto elaborado antes de su realización. Eran, más bien, una respuesta a las reclamaciones más importante construidas en la agitación política de los clubes desde finales del Imperio (anticlericales, antiburocráticas, educación...), las necesidades derivadas de la defensa (la abolición del Ejército y la reorganización de la Guardia Nacional como la única fuerza armada de la ciudad) y de la emergencia social que vivía París (pensiones alimenticias, suspensión de deudas de alquileres).

De hecho, los primeros decretos de la Comuna fueron la eliminación de las deudas de los alquileres; la supresión de la venta de los objetos del Monte de Piedad, la abolición del presupuesto para cultos y reclutamiento; la confiscación de los bienes de *mains mortes* (bienes que estaba prohibido enajenar, básicamente de la iglesia); educación pública, laica gratuita y universal; la abolición del Ejército y la reorganización de la Guardia Nacional; pensiones alimenticias para los federados heridos en combate, para la mujer, legítima o ilegítima, al hijo o hija, sin necesidad de reconocimiento formal, de todo federado muerto en combate. La mujer que reclamaba la separación de su marido, apoyada en pruebas válidas, tenía derecho a una pensión alimenticia; el procedimiento ordinario quedaba abolido, y se autorizaba a ambas partes a defenderse por sí mismas. Se prohibía el registro en las casas sin mandato regular, la acumulación de riqueza, y el sueldo máximo fue fijado

en seis mil francos al año. Las retribuciones de los miembros de la Comuna eran de quince francos diarios, lo cual estaba lejos de alcanzar lo máximo; la entrega a las sociedades laborales de los talleres abandonados para ser gestionados por cooperativas obreras, en un modelo embrionario de autogestión; y un largo etcétera, que demuestra como la fuerza, la capacidad de creación y la unidad de la Comuna nacieron y se alimentaron de la conexión inmediata con las opiniones y las demandas concretas de las clases populares y no tanto por la elaboración de un programa predeterminado.

Y es que los intereses más inmediatos de las clases populares parisiñas no estaban tan relacionados con asumir el control de los medios de producción como con evitar el desahucio. El mismo 13 de marzo se aprobó un decreto que exigía el pago forzoso de todos los alquileres vencidos y todas las deudas comerciales no pagadas durante el estado de sitio. La primera medida de la Comuna fue abolir estas deudas desde octubre de 1870 hasta abril de 1871, incluyendo en cuenta, para futuros pagos de alquileres, las cantidades ya abonadas. Además, el 24 de abril se dictaría un nuevo decreto por el que se requisaban las viviendas desocupadas para realojar en ellas a las familias sin domicilio. Estas medidas hablan mucho del carácter plebeyo de la Comuna, ligada estrechamente a las necesidades y anhelos de las clases populares.

Otra de las medidas más populares de la Comuna fue acabar con los privilegios de la iglesia, lo que Marx llamó destruir la fuerza espiritual de represión, el «poder de los curas»: decretando la separación entre la Iglesia y el Estado, la supresión de todas las partidas asignadas en el presupuesto del Estado para fines religiosos, y la confiscación de todos los bienes de la Iglesia. No hay que olvidar que, desde finales del Imperio, la propaganda anticlerical en los clubes fue un elemento recurrente. Algunos de ellos ocuparon iglesias durante la Comuna para realizar sus reuniones, como fue el caso del Club de la Salle Molière, que tomó la iglesia de Saint-Nicolas-des-Champs.

Como consecuencia de los decretos de separación entre el Estado y la Iglesia, el 8 de abril se ordenó que se eliminasen de las escuelas todos los símbolos religiosos, imágenes, dogmas, oraciones. Y se cerraron todas las escuelas de la iglesia y eliminado todas las cruces, imágenes e iconos religiosos de las aulas. La Internacional, desde su congreso de Lausana en 1867, ya había reivindicado activamente la laicidad de la educación, siendo sus miembros los que más se implicaron durante la Comuna en la reorganización de la misma como un bien público.

El desmantelamiento del dominio absoluto de la iglesia católica en la escolarización en una ciudad, donde un tercio de los estudiantes iba a escuelas religiosas y otro tercio no iba a ningún tipo de escuela, representó una reforma absoluta del sistema educativo en París, «esencialmente la misma política que se recuperaría diez años después del aplastamiento de la Comuna y que se convertiría en la columna vertebral de la educación bajo la Tercera República» (Ross, 2016: p. 68). El 21 de mayo, uno de los últimos decretos de la Comuna fue fijar el sueldo del personal docente de las escuelas, siendo igualmente retribuidas profesoras y profesores. Otra de las aportaciones de la Comuna al campo educativo fue el proyecto para organizar *crèches* (guarderías) en los barrios obreros y cerca de las fábricas, favoreciendo la incorporación de las mujeres al trabajo. La propuesta de la Comuna sobre las *crèches* sirvió de modelo para la creación de guarderías que, tal y como se diseñaron, siguen funcionando todavía hoy en Francia.

Las propuestas de la Comuna supusieron una frenética labor de repensar la ciudad, sus servicios, la vivienda, la educación, el Estado, el internacionalismo, el trabajo, la relación de la religión con las instituciones. Pero nunca se llegó a cuestionar, por razones de tiempo o falta de decisión, la propiedad privada, si bien para Marx,

la Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el «irrealizable» comunismo! (Marx, 2010: p. 48).

Lo cierto es que las medidas de *la* Comuna nunca cuestionaron «con seriedad la propiedad privada o el poder del dinero. Requisó únicamente los talleres y las viviendas abandonadas y se postró delante de la legitimidad del Banco de Francia» (Harvey, 2008: 665). El propio Marx señala el error de la Comuna de no intervenir el Banco de Francia e incluso Engels fue más explícito al hablar de santo temor de la Comuna que se detuvo respetuosa ante los umbrales del Banco de Francia: «El Banco de Francia en manos de la Comuna hubiera valido más que diez mil rehenes. Hubiera significado la presión de toda la burguesía francesa sobre el Gobierno de Versalles para que negociase la paz con la Comuna» (Engels, 2010: p. 108).

¿Por qué a pesar de ello Marx habla de comunismo? Porque para Marx las propuestas de la Comuna plantean la emancipación del trabajo:

todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase, extirpando por tanto la dominación de clase. Una disolución real del fetichismo de la mercancía y el establecimiento en su lugar de su opuesto: las relaciones sociales como «trabajo libremente asociado» [...]. El trabajo, evidentemente, se mantuvo bajo la Comuna; pero había desaparecido en el sentido de ser trabajo asalariado forzado o restringido bajo un contrato asimétrico. El trabajo productivo ya no era sinónimo de trabajo asalariado a cambio de capital. Había cobrado el sentido más amplio de una actividad útil a las necesidades de la sociedad (Ross, 2018: p. 128).

Pero las medidas de la Comuna, más allá de la combinación de objetivos democráticos, patrióticos e internacionalistas, de construcción de la república social y de ruptura simbólica con el Imperio, de apropiación de fábricas abandonadas y de desarrollo de economías cooperativas... asombran por su audacia y por la inteligencia desplegada en una carrera contrarreloj frente a la muerte.

La forma de organización territorial adoptada, la federación, fue también innovadora: era una idea-fuerza derrotada en 1789 y que, sin embargo, reaparecía ahora bajo la influencia proudhoniana. Uno de sus seguidores y comunero, Pierre Denis, defendió ese proyecto político-espacial, poniendo como ejemplo, frente al modelo jacobino francés, el que se daba en otros países: «Los verdaderos Estados repúblicas, que han durado o que duran –las Provincias Unidas, Suiza, Estados Unidos de América del Norte, y todas las Repúblicas americanas– estaban o están todas organizadas según el modelo federal» (Deluermoz, 2020: p. 114). Así fue como se autoorganizó la Comuna¹⁰ y como se propuso organizar a toda Francia. Una aspiración que recibió el apoyo de Marx y que Engels seguía reivindicando en 1891: «En todas las proclamas

10 Si bien ese grado de descentralización será luego, desde el contexto de la guerra civil rusa, duramente criticado por dirigentes bolcheviques, como León Trotsky en su prólogo, escrito en febrero de 1921, a la obra de C. Talés (*La Commune de 1871 –1924*): para el entonces dirigente del nuevo Estado obrero, al igual que para Lenin, la gran debilidad de la Comuna fue la ausencia de «una organización de partido centralizada que tuviera una visión de conjunto sobre las cosas y órganos especiales para realizar sus decisiones».

¡Viva la Comuna!

dirigidas a los franceses de las provincias, la Comuna les invita a crear una Federación libre de todas las Comunas de Francia con París, una organización nacional que, por vez primera, iba a ser creada realmente por la misma nación» (Engels, 2003: p. 20).

La Unión de Mujeres

El 11 de abril, en pleno auge de la Comuna, se creó la Unión de Mujeres para la Defensa de París y los Auxilios a los heridos, desarrollándose rápidamente con comités que se reunían casi a diario en todos los distritos de París. En poco tiempo se convirtió en la mayor y más eficaz de las organizaciones de base de la Comuna, un fiel reflejo de la importancia de la participación de las mujeres en la consecución, desarrollo y defensa de la Comuna. Y es que las mujeres tuvieron un papel político más allá de las tareas *femeninas* de atención a heridos y otros servicios de retaguardia; construyeron organizaciones autónomas, como el Comité de Mujeres y la Unión de Mujeres, y participaron activamente en otros organismos de base de la Comuna; fueron vanguardia en acontecimientos clave como la defensa de los cañones de Montmartre, la quema de la guillotina en la plaza Voltaire y/o la defensa de París en los últimos días de la Comuna; y sufrieron la represión y concentraron un odio especial en las campañas de calumnias tras la derrota, atribuyéndoles el sobrenombre de «las petroleras».

Las mujeres de los comités de vigilancia: Poirier, Excoffons, Blin. Las de la Corderie y de las escuelas: Lemel, Dimitrieff, Leloup. Las que organizaban la enseñanza a la espera de la lucha de París, donde se portaron como héroes: las señoras André Léo, Jaclar, Périer, Reclus, Sapia. Todas se pueden contar entre el ejército de la Comuna, y también son Legión (Michel, 2016: p. 183).

La Unión de Mujeres para la Defensa de París y los Auxilios a los heridos nació muy vinculada a las necesidades de defensa de la Comuna, como indica su propio nombre, pero también por la motivación de abordar las necesidades materiales de las mujeres trabajadoras, las que Flora Tristán llamo las «proletarias del proletariado». Mientras en los sucesos revolucionarios precedentes de 1848 la participación de las mujeres estaba muy vinculada a reclamaciones de participación electoral como el derecho al voto y a las formas tradicionales de la política

republicana en general, en la Comuna la participación política se desarrolló a través de organizaciones de base, Comités de defensa, clubes de debate y la creación de entidades autónomas, en donde la preocupación laboral y material fue el elemento determinante. La Unión propuso una reorganización completa del trabajo femenino y el fin de la desigualdad económica basada en el género, remarcando las tensiones entre género y clase, entre feminismo y socialismo. En este sentido,

la Unión propuso a Frankel [el responsable de dirigir la comisión de Trabajo en la Comuna] y a la comisión de Trabajo la constitución de talleres de costura, asociaciones productivas libres en cada *arrondissement* dedicadas a confeccionar la ropa de la Guardia Nacional; la comisión, aconsejaban, debía de fomentar «el crecimiento de agrupaciones genuinas y homogéneas [...] presidiendo su formación y [...] desarrollando en ellas el espíritu federal, pero dejándolas libres y autónomas». Esas cooperativas de producción estaban destinadas, si hubiera habido tiempo, a expandirse más allá de las murallas de la ciudad, «poniéndose en contacto con asociaciones similares en Francia y otros países, a fin de facilitar la exportación y el intercambio de productos». En última instancia, iban a funcionar como una extensión de la propia Comuna, como parte de una federación internacional de cooperativas independientes (Ross, 2018: p. 40).

El Consejo provisional de la Unión estaba compuesto por ocho mujeres, entre ellas Elisabeth Dmitrieff. Elisabeth, en estrecha relación con Marx, había viajado a París como corresponsal especial con el fin de mantener informada sobre la Comuna a la Internacional, y fue considerada por Engels como «hija espiritual de la Internacional». De hecho, la Unión de Mujeres se puede considerar como la primera organización autónoma de mujeres vinculada a la Internacional.

Una parte importante de los logros de la Comuna está relacionada de forma directa con las reivindicaciones del pujante movimiento obrero de las mujeres de París. Por ejemplo, el decreto del 10 de abril que dio derecho a recibir una pensión a las viudas e hijos de los guardias nacionales caídos en combate, fueran o no «legítimas» y «reconocidos». O también el decreto, ya mencionado, por el que la mujer, que pedía la separación de su marido apoyada en pruebas validas, tenía derecho a una pensión alimenticia. Ambos decretos planteaban mecanismos que favorecerían no solo la subsistencia, sino también la

independencia de las mujeres. En las condiciones de la época, estas medidas constituyeron una brecha en el sistema de relaciones familiares impuesto por el Código napoleónico y unas medidas liberadoras para las mujeres.

El internacionalismo comunal

Quizás el internacionalismo de la Comuna sea uno de sus legados políticos más importantes y originales. Demostrando la complejidad de un movimiento que, como revuelta patriótica –aunque sin ningún sentido chauvinista– ante el asedio prusiano de París, anudó desde su nacimiento múltiples motivaciones políticas para llevar a cabo simultáneamente un discurso y una práctica entusiastamente internacionalistas. Como recordaba Ernest Mandel en el discurso que pronunció en París en marzo de 1971 tras la manifestación internacional en conmemoración del centenario de la Comuna:

La Comuna de París abrió un nuevo capítulo en la tradición del internacionalismo proletario, pese a su origen jacobino-nacional. Aportó, de este modo, un primer ejemplo de proceso de revolución permanente. Sabemos que por bandera eligió la bandera roja, la de la República universal del trabajo. Conocemos también el papel prestigioso que tuvieron en su seno revolucionarios extranjeros como Frankel o Dombrowski. Menos sabido es que, 65 años antes de la revolución española de 1936, inauguró la tradición de las brigadas proletarias internacionales, con la creación de una brigada belga y otra franco-americana. Miles de revolucionarios, de trabajadores extranjeros, combatieron en sus filas: los versalleses detuvieron a más de 1700 *extranjeros* en el curso de los combates (Mandel, 1978: p. 12).

Para la mayoría de los historiadores, el internacionalismo de la Comuna se mide en el número de extranjeros que incorporó bajo su bandera y la importancia de los cargos que ocuparon: un alemán, Frankel como ministro de trabajo, y un par de polacos, Dombrowski y y Wroblewski, como responsables de su defensa. Y la verdad es que la presencia de tantas persona extranjeras en la Comuna obsesionaba a los versalleses. De hecho, la imagen de la Comuna repleta de polacos, alemanes e italianos era un insulto habitual en el discurso anticomunero,

generado en parte por la asimilación recurrente del extranjero con la figura del *agitador exterior* y de la Comuna con la Internacional, a la que se la acusaba de servir a intereses extranjeros ocultos y contrarios a los de la nación. El propio Marx tuvo que desmentir estas acusaciones en sus escritos:

en las cabezas burguesas, con su contextura policiaca, se representa a la Asociación Internacional de los Trabajadores como una especie de conspiración secreta con un organismo central que ordena, de vez en cuando, explosiones en diferentes países. En realidad, nuestra Asociación no es más que el lazo internacional que une a los obreros más avanzados de los diversos países (Marx, 2010: p. 82).

Pero no solo la Internacional fue acusada de conspiración, sino que también otra organización internacionalista que apoyó a la Comuna, los francmasones, naciendo así el vínculo, en el argumentario reaccionario, de la asimilación entre comunismo y masonería.

Con todo, más allá de la propaganda interesadamente conspiranoica de los versalleses, la realidad es que la sección francesa de la Internacional estuvo directamente implicada en la proclamación y desarrollo de la Comuna. A finales del Imperio, la Internacional contaba con unos cincuenta mil miembros en París, un número que iría creciendo, no solo cuantitativamente sino sobre todo cualitativamente, desde la proclamación de la República. Los militantes de la internacional fueron muy activos en el desarrollo de organizaciones de base de la Comuna como la Unión de Mujeres, los Comités de Vigilancia y el Comité Central de la Guardia Nacional; así como en la aplicación y puesta en marcha de medidas como la educación pública o las cooperativas de producción. Es indudable que los militantes de la Internacional jugaron un papel importante en los acontecimientos pero, por mucho que insistiera el relato propagandístico de Versalles, la Comuna no se puede explicar por la intervención de un grupo de vanguardia.

El internacionalismo comunal fue mucho más que el número o el nombre de los extranjeros que participaron en su desarrollo, ya que, como afirmó Marx, la Comuna era «un gobierno internacional en el pleno sentido de la palabra [...] que anexionó a Francia los obreros del mundo entero» (Marx, 2010: 54). El internacionalismo de la Comuna se construyó como antítesis al colonialismo y al chovinismo nacionalista del Imperio. Quizás la muestra más genuina del internacionalismo comunal, como antagonismo

al imperialismo francés, fue el decreto del 12 de abril, por el que se decidió el derribo de la columna Vendôme. Decía lo siguiente:

Consideramos que la columna imperial de la plaza Vendôme es un monumento a la barbarie, un símbolo de la fuerza bruta y la falsa gloria, una afirmación del militarismo, una negación del derecho internacional, un permanente insulto de los vencedores a los vencidos, un atentado perpetuo contra uno de los grandes principios de la República Francesa, la fraternidad:

Decreto:

Artículo Único: La columna de la plaza Vendome será demolida (Ross, 2018: p. 31).

Finalmente, la columna Vendôme no fue destruida hasta un mes después, el 16 de mayo, cuando ya la Comuna estaba al borde del agotamiento y de la derrota, lo que le da al hecho, además de su valor político, una connotación en cierta medida heroica¹¹. Y, si juzgamos la fuerza e impacto político del gesto por las reacciones que generó entre sus detractores, que lo consideraron como un atentado contra la propia historia de Francia, comprenderemos la importancia del propio hecho en pleno auge del colonialismo.

Sin embargo, la gran tragedia de la Comuna será haber quedado reducida finalmente a París, pese a los llamamientos a las provincias y al campesinado a construir una federación republicana de Comunas en toda Francia. Los efectos de la crisis causada por la caída del Imperio no fueron los mismos en las provincias y, aunque generaron revueltas en lugares como Marsella (en donde el 1 de noviembre de 1870 se proclama la Comuna), Lyon (del 22 al 25 de marzo de 1871), Toulouse (el 24 de abril), el Creusot, Narbona, o la pequeña ciudad de Thiers, estas no llegan a extenderse ni a sincronizarse con la insurrección parisina (Lefebvre, 2008: pp. 310-317). En cambio, previamente, en la isla de Martinica, colonia francesa se había producido una insurrección popular al grito de «¡Viva la República! ¡Muerte a los blancos!» y posteriormente se desencadenará un

11 Ya Marx había profetizado esa acción en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, que concluía diciendo: «Pero si finalmente la túnica imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se desmoronará desde lo alto de la columna de Vendôme».

movimiento insurreccional en Argelia con la proclamación de la Comuna (colonial) de Argel¹².

También es importante destacar que la causa comunal consiguió granjearse el apoyo internacionalista de trabajadores de otros países, con manifestaciones de solidaridad desde ciudades prusianas hasta la industrial Londres, en donde unos siete mil obreros marcharon por el centro de la ciudad al grito de «¡Viva la Comuna!». En el comunicado que se leyó al final de la manifestación de Londres se declaraba: «Nosotros, el pueblo de Londres, creemos que lucháis por la libertad del mundo y la regeneración de la humanidad, y por la presente os expresamos nuestra profunda admiración [...] y os tendemos la mano honesta e intransigente de la amistad y camaradería» (Ross, 2016: p. 154).

La cruzada contra la Comuna

Todo el apoyo, solidaridad, ilusión y adhesión que la Comuna cultivó entre la clase obrera europea fue igualmente proporcional a la aversión y miedo que generó entre la burguesía y cancillerías europeas. La Comuna puso en entredicho el sistema estatal, social y económico de unas elites que se unieron contra el cuestionamiento de su poder «en un movimiento parecido a una cruzada religiosa, que culminó con una masacre de clase en el centro mismo de la “civilizada” Europa [...] El intento por parte del gobierno burgués republicano de exterminar físicamente a su enemigo de clase recuerda a los genocidios motivados por la religión o la raza» (Ross, 2016: p. 131). No fue solo Versalles quien se enfrentó a la Comuna sino los poderes europeos, con Bismarck y Prusia a la cabeza, que, una vez que los comuneros fueron exterminados, respiraron tranquilos.

Desde el principio, Versalles utilizó todos los medios a su alcance para acabar con la Comuna. En un primer momento, fruto de su

12 Desde Argel llegó un comunicado de solidaridad en el que declaraban «adherirse a la Comuna de París, de la manera más absoluta. Argelia entera reivindica las libertades comunales. Oprimidos durante cuarenta años por la doble concentración del ejército y de la administración, la colonia ha comprendido desde hace mucho tiempo que la emancipación completa de la Comuna es el único medio que tiene para llegar a la libertad y la prosperidad» (Michel, 2016: p. 179). Sin embargo, no llegó a producirse la confluencia entre el movimiento comunal y la revuelta de la población de la Kabyla (Deluermoz, 2020: pp. 70-71 y 129-144). Véase también la contribución de Jeanne Moisan en este libro.

debilidad militar y de su falta de legitimidad, intentó un golpe de Estado civil como respuesta reaccionaria a los sucesos del 18 de marzo. Así, cuatro días después, el 22 de marzo, los partidarios del gobierno regular, los hombres de orden, todos los reaccionarios, no contentos con conspirar en Versalles, intentaron un motín contrarrevolucionario en París; pero tenían tan poca talla para los disturbios, que al ver organizarse su manifestación, a eso de las dos de la tarde del 22 de marzo, en la plaza de la nueva Ópera, daba la impresión de una compañía de cómicos ensayando un drama histórico (Michel, 2016: p. 139). Bastó una descarga para poner en fuga precipitada a aquellos estúpidos mequetrefes que esperaban que la simple exhibición de su «porte distinguido» ejercería sobre la revolución de París el mismo efecto que los trompetazos de Josué sobre las murallas de Jericó (Marx, 2010: p. 33). La manifestación de los partidarios del orden terminó con un par de muertes y, sobre todo, con la constatación de que para quebrar la determinación de la Comuna haría falta algo más que una manifestación violenta de los señoritos de París.

El 2 de abril, una pequeña ofensiva militar permite a los versalleses tomar la posición de Courbevoie que dominaba la salida de París hacia Versalles. El ataque pilla desprevenida a la Comuna y les demuestra definitivamente que los versalleses no se resignan a perder París; el fantasma de un nuevo asedio sobre la ciudad enardece los ánimos. Toda la prevención mostrada el 18 y los días posteriores para no lanzar una ofensiva contra el gobierno huido se vuelve de golpe en euforia para responder a la toma de Courbevoie y defender la *gran ciudad*. A pesar de las dudas en la comisión ejecutiva de la Comuna para iniciar una ofensiva militar, el empuje de los generales federados Flourens y Duval, decanta la balanza por una incursión rápida sobre Versalles. La ofensiva fue un auténtico fracaso, por la improvisación y la incapacidad militar de los dirigentes comunales, sin experiencia y con la mayoría de los batallones sin jefes desde los sucesos del 18 de marzo. Además de cobrarse la vida de los generales Flourens y Duval, que fueron hechos prisioneros y fusilados por Versalles, la fallida ofensiva tendrá un peso muy grande sobre la moral de París, que volverá a la cotidianidad de los bombardeos constantes como cuando el sitio prusiano y encerrará a los comuneros en los estrechos márgenes de las murallas de la ciudad en una lógica exclusivamente defensiva.

El 5 de abril, la Comuna decreta la movilización de los hombres de 19 a 40 años, que se cumple sobre la base del voluntariado. Aunque motivados, los reclutados no tienen experiencia militar y son propensos

a la indisciplina: «muchos prefirieron defender sus barrios antes que las murallas de una ciudad burguesa que les era ajena, proporcionando a las fuerzas reaccionarias un acceso sorprendentemente fácil a la ciudad» (Harvey, 2008: p. 510). Solo un puñado de oficiales de profesión, como el coronel Louis Rossel y el general Jaroslaw Dombrowski, aceptan dirigir a las tropas comuneras, siendo este último, a propuesta de Garibaldi, el responsable militar de la defensa de la Comuna.

A la relación de fuerzas cada vez más favorable a los versalleses se añade una serie de errores tácticos. A pesar de la insurrección del 18 de marzo, la Comuna nunca se terminó de tomar suficientemente en serio el riesgo de la reacción de Versalles, hasta que fue demasiado tarde. El mismo 21 de marzo, estos se apoderan del fuerte de Mont-Valérien, que los comuneros no se han preocupado de ocupar y el 30 de marzo, los versalleses toman posiciones en la glorieta de Courbevoie, donde se alza hoy en día el barrio de negocios de La Défense. Desde comienzos de abril, París es sometida a constantes bombardeos, dirigidos por los mismos que habían estigmatizado como un sacrilegio el bombardeo de la capital por parte de los prusianos. Durante las tres semanas siguientes, los combates se limitan a escaramuzas, mientras que Thiers refuerza su ejército gracias al acuerdo con Bismarck por el que

Prusia era reconocida como supremo árbitro de la política interior francesa. A cambio de esto, ofrecía soltar, para que exterminase a París, al ejército bonapartista que tenía prisionero y prestarle el apoyo directo de las tropas del emperador Guillermo. Como prenda de su buena fe, se prestaba a que el pago del primer plazo de la indemnización se subordinase a la «pacificación» de París. Huelga decir que Thiers y sus plenipotenciarios se apresuraron a tragar esta sabrosa carnada (Marx, 2010: p. 69).

A principios de mayo, la llegada gradual de las tropas imperiales liberadas por Prusia dio una superioridad decisiva a las fuerzas de Versalles, que comienzan una ofensiva retomando uno a uno todos los puntos estratégicos del extrarradio oeste. Los prusianos, que seguían ocupando los fuertes del Norte y del Este, permitieron a los versalleses cruzar por la parte norte de la ciudad, que era terreno vedado para ellos según los términos del armisticio, y, de este modo, avanzar atacando sobre un largo frente, que los comuneros no podían por menos que creer amparado por dicho convenio y que, por esta razón, tenían guarnecido

con escasas fuerzas. Otro error táctico de bulto que favoreció la incursión en la ciudad de las tropas de Versalles el 21 de mayo por la puerta de Saint-Cloud. Los barrios más adinerados ofrecieron una débil resistencia, que se hacía más fuerte y tenaz a medida que las fuerzas atacantes se acercaban al sector del Este, a los barrios propiamente obreros.

La Semana Sangrienta

Una vez que el ejército de Versalles entró en la ciudad de París, la derrota definitiva de la Comuna fue cuestión de días, una semana exactamente, conocida como la Semana Sangrienta. Con la derrota de la Comuna comenzó uno de los derramamientos de sangre más salvajes de la historia de Francia, «hasta las atrocidades cometidas por la burguesía en junio de 1848 palidecen ante la infamia indescriptible de 1871» (Marx, 2010: p. 44). Las fuerzas de Versalles desplegaron una represión y una violencia desconocida hasta entonces en Francia.

A las muertes en la lucha callejera, que la mayoría de los estudios no las consideraron muy elevadas, se añadió un increíble número de ejecuciones arbitrarias sin ningún tipo de juicio. Uno de los episodios más conocidos de esa semana fue el que se produjo el 27 de mayo, cuando, tras una jornada de intensos combates, unos 200 comuneros refugiados en el cementerio de Père Lachaise son fusilados ante uno de los muros del recinto que, como homenaje, desde entonces se llama el Muro de los Federados, convertido años más tarde en un lugar de peregrinación en recuerdo de la Comuna y su heroica resistencia. Definitivamente, el 28 de mayo caen a las alturas de Belleville y Ménilmontant los últimos defensores de la Comuna, llegando a su apogeo aquella matanza de hombres, mujeres y niños, que había hecho estragos durante toda la semana.

Aquel mismo domingo 28 de mayo, el mariscal al mando de la toma de la Comuna, Mac-Mahon, llenó París de carteles que decían: «Habitantes de París, ¡El ejército de Francia ha venido a salvaros; París ha sido liberado; nuestros soldados han tomado en cuatro horas las últimas posiciones ocupadas por los rebeldes. Hoy la lucha ha terminado; el orden, el trabajo y la seguridad van a restablecerse» (Michel, 2016: p. 226).

El orden del que hablaba Mac-Mahon era el silencio de una ciudad cementerio: en la última semana de mayo de 1871 murieron más personas que en cualquiera de las batallas de la guerra franco-prusiana, o que en cualquiera de las anteriores masacres de la historia francesa. Una auténtica

limpieza *de clase* que, como escribió Goncourt, en su diario el mismo mayo, tenía un objetivo muy claro, una purga que «al matar a la parte más combativa de la población, retrasa la siguiente revolución una generación completa» (Ross, 2018: p. 52). La represión fue tan salvaje que «se ejecutó en las calles de la capital francesa a treinta y cinco mil personas en una campaña de represión sistemática que adoptó la forma de una carnicería de masas. Además, se condenó a la deportación a alrededor de diez mil combatientes, entre ellos Louise Michel, a Nueva Caledonia. En resumen, se asesinó o deportó a uno de cada treinta parisinos» (Traverso, 2019: p. 98). Como ejemplo de esta masacre, en los meses inmediatamente posteriores a la Comuna, un gremio como el de los zapateros de París, del que formaron partes insignes comuneros como Napoleón Gaillard, quedó reducido a la mitad: asesinados, detenidos, exiliados.

A las ejecuciones sumarias y a las deportaciones les siguió una campaña destinada a criminalizar a los trabajadores insurgentes de cara a justificar o expiar los horrendos crímenes de la represión de la Semana Sangrienta. Un buen ejemplo de ello fue cómo a las mujeres comuneras se las llamó «petroleras» con el propósito de insultarlas y criminalizarlas, vinculándolas con la quema de edificios en París durante esa semana. Aunque, finalmente, el nombre fue asumido con orgullo y hoy es reivindicado por el feminismo en Francia

La masacre de la Comuna, el extraordinario intento de eliminar, uno por uno y en bloque, a la propia clase enemiga, fue lo que constituyó el auténtico fundamento de la Tercera República, el régimen político más largo que ha vivido Francia, por detrás de la monarquía. Las muertes de la Semana Sangrienta tenían el objetivo político de marcar distancias entre la república y la revolución, legitimando el orden republicano sobre la sangre comunera.

La masacre de los comuneros iba a servir para inaugurar no solo la Tercera República, sino la propia nación francesa. La «Otriedad» por parte de los Versalleses, su apreciación de la necesidad de percibir a los comuneros como «menos franceses» (y, por tanto, más fáciles de matar), formaba parte en este sentido de la tendencia histórica de las clases dominantes a exhibir su racismo de clase, considerando a los trabajadores como ajenos, de hecho, a la nación (Ross, 2016: p. 43).

Pese a que la AIT no había protagonizado ni dirigido el levantamiento parisino, la represión se cebó especialmente contra sus

militantes, acusados por el ministro de Asuntos Exteriores del gobierno de Thiers, Jules Favre, de formar parte de «una sociedad de guerra y de odio. Tiene por base el ateísmo y el comunismo, por fin la destrucción del capital y la eliminación de los poseedores, por medio de la fuerza brutal del gran número que aplastará todo lo que quiera resistirse» (Léonard, 2011: p. 258). A partir de entonces, una figura se convertirá en especial objeto de odio de la clase dominante: el *Doctor Marx*, a raíz de la difusión de miles de ejemplares de *La guerra civil en Francia* en ese país y en toda Europa (Deluermoz, 2020: pp. 273-275).

La persecución más allá de las fronteras contó con la complicidad abierta de muchos Estados (entre ellos el español) para lograr la extradición de *communards* que se habían refugiado en sus países. Este fue el caso de Bélgica, que no solo acepta extraditarlos sino que acaba expulsando el 30 de mayo a Victor Hugo, que había sido crítico de la Comuna, por mostrar públicamente su apoyo al derecho de asilo¹³; una decisión que sin embargo luego rectificará parcialmente aceptando la admisión de *communards*, entre ellos Lissagaray y Jean-Baptiste Clément. Habrá que esperar hasta el 11 de junio de 1880 para que sea aprobada una ley de amnistía plena en Francia, acompañada de una petición de reconciliación y olvido...

Y es que la ferocidad de la represión contra la Comuna no se puede entender sino desde la *otredad* que, en cierta medida, era una lección que el Ejército había aprendido en el extranjero, en las conquistas coloniales. El impacto de la represión de la Comuna no solo se dejó notar en Francia sino que golpeó al conjunto del movimiento socialista europeo. Por eso parece acertada esta conclusión de Kristin Ross (2016: p. 56): «La suposición común de que lo que arruinó la Primera Internacional fue el conflicto entre marxistas y anarquistas es, en mi opinión, solo parcialmente cierta: la verdadera causa de su muerte fue la reacción que siguió a la Comuna, una auténtica contrarrevolución a escala continental, que se mantuvo al menos durante dos décadas».

13 Victor Hugo había publicado un artículo en *L'Indépendance belge*, en el que escribía: «Este asilo, que el gobierno belga niega a los vencidos, se lo ofrezco yo. ¿Dónde? En Bélgica. Hago a Bélgica ese honor. Ofrezco el asilo en Bruselas. Ofrezco el asilo en la plaza de las barricadas, 4. Que un vencido de París, que un hombre de la reunión llamada Comuna, que París eligió apenas, y que, por mi parte, nunca he aprobado, que uno de esos hombres, aunque fuese mi enemigo personal, sobre todo si es mi enemigo personal, llama a mi puerta, yo le abro. Está en mi casa, es inviolable» (Léonard, 2011: p. 264).

Las lecciones del final sangriento de la Comuna estarán muy presentes en los siguientes procesos revolucionarios, una especie de aviso internacional del precio a pagar por el fracaso de las utopías. Como recuerda el historiador Enzo Traverso (2019: p. 153):

Durante los días más oscuros de la Guerra Civil rusa, cuando las amenazas se cernían sobre el poder soviético y la revolución parecía agonizar, el fantasma de la Comuna de París obsesionaba a los bolcheviques. Una victoria de los guardias blancos rusos habría conducido a una masacre la «semana sangrienta» de mayo de 1871, en una escalada incomparablemente más grande.

La represión de la Comuna también significó un cambio paulatino del centro de gravedad del movimiento socialista europeo desde Francia hacia Alemania. En este país, la socialdemocracia de la Segunda Internacional había hecho sus mayores progresos organizativos y electorales. Se daba un cambio no solo geográfico sino también político y actitudinal, mientras que hasta la Comuna las revoluciones del siglo XIX asumieron una dimensión insurreccional, podríamos decir *blanquista*, la estrategia socialdemócrata pasaba más por un ascenso etapista en donde cualquier intento por acelerar el advenimiento del socialismo no solo era inútil sino peligroso. Dos posiciones con temporalidades opuestas entre sí: por un lado, el tiempo acelerado y disruptivo de la revolución y, por otro, el tiempo lento y homogéneo del *cambio evolutivo*.

La experiencia comunal quedará siempre ligada a su heroico final. Por parte de sus protagonistas y pensadores contemporáneos, no solo se recordará la Comuna como laboratorio del socialismo o del comunismo libertario por venir, sino también por su sangrienta derrota, lo cual «no era un duelo impotente o desesperado: era el camino ineludible a través del cual el legado de la Comuna de París –tanto su imaginario político como su experiencia práctica de transformación social– podría transmitirse» (Traverso, 2019: p. 101). Porque, como escribió Louise Michel, «la Comuna había muerto pero la revolución estaba viva» (Michel, 2016: p. 265).